

## PESTALOZZI EN ESPAÑA

POR ANTONIO GIL MUÑIZ

Profesor de la Escuela Normal de Córdoba

No hay figura pedagógica, ni aun entre las nacionales, que haya alcanzado en nuestro país la extraordinaria popularidad que ha logrado Pestalozzi. Entre el mismo magisterio español ningún educador del mundo es con tanta frecuencia citado, y los más ilustres primarios de nuestra patria han tenido a la eximia figura del maestro suizo como símbolo admirable de vocación, de desinterés, de amor al niño y como síntesis de las más excelsas virtudes que deben adornar al educador del pueblo.

Aun hoy que los estudios histórico-pedagógicos son bastante atendidos en muchas de nuestras Normales, en que los nombres de grandes educadores de nuestros días consumen con gran provecho una buena parte del tiempo que los candidatos al magisterio dedican a la pedagogía, Pestalozzi sigue siendo para el muchacho de vocación el nombre mágico sugeridor de cálidos y juveniles ideales, y su biografía—como la vida de ciertos santos en los de vocación religiosa—resumen de cuanto la fe y ternura de un hombre pudo poner al servicio de la humanidad.

Hay que advertir, sin embargo, que Pestalozzi, como la mayoría de las cumbres del pensamiento y de la acción, es citado más que estudiado y más venerado que conocido en la meditación de sus obras y en sus magnas aportaciones a la obra de la educación. Mas de todos modos, entre profesionales y cultos de todos los campos de la actividad española, y esto desde luengos años atrás, ningún nombre de pedagogo encarnó tan bien en la espiritualidad de nuestros compatriotas como el del gran educador suizo.

Señalar las influencias concretas que Pestalozzi haya ejercido sobre nuestra pedagogía nacional sería tarea más para un volumen que para un artículo, mas no debemos olvidar que, después de los primeros ensayos pestalozzianos que vamos a reseñar, la semilla oculta durante treinta años germinó en aquel grupo de maestros normales, conocedores de las doctrinas del eximio suizo y origen, sin duda, de la popularidad a que antes nos referíamos.

*Los primeros pestalozzianos y los precedentes del Instituto.*—El Real Instituto Militar Pestalozziano, de Madrid, tuvo sus precedentes en ensayos realizados en Tarragona, y en el mismo Madrid, por los suizos Voitel y Döbely, respectivamente.

El nombre de Francisco Voitel ha quedado unido a la historia

de la pedagogía española, ya que este capitán de suizos fué el que trajo por primera vez a nuestra patria las ideas y experiencias pedagógicas del gran educador de Zurich.

Voitel, que desde los quince años se hallaba en España prestando servicios militares, a los que tradicionalmente eran tan aficionados los hijos de la antigua Helvecia, en una misión que le fué encomendada para reclutar soldados, marchó a Suiza, relacionándose con Pestalozzi, cuyo método aprendió y aplicó por primera vez en Tarragona, en una escuela fundada por Voitel para educar hijos de soldados pobres «que teniendo las más felices disposiciones se harían unos perdidos por falta de educación».

En esta escuela de la vieja Tarragona está el núcleo de la doctrina pestalozziana en España, la célula generadora del gran predicamento que el genial pedagogo suizo ha alcanzado en nuestro país, ya que Voitel y Schmeller, director y auxiliar del Instituto Militar Pestalozziano que más tarde se fundó en Madrid, y Döbely, sacerdote católico, fundador de la escuela pestalozziana de Santander—interesante conato de Normal de Maestros—, todos ellos coincidieron e hicieron sus primeras armas de pestalozzianos convencidos ante los treinta o cuarenta niños, hijos de soldados sin medios económicos que Voitel recogió en la ya citada capital catalana.

La vida de este Voitel—vida del viejo soldado aventurero—llena de incidencias las más veces desafortunadas, salpicada de anhelos generosos, el de la propia cultura, el de la educación popular, el de fervorosa admiración por la naturaleza y su estudio, presididos todos por un ardiente deseo de mejora de la humanidad; vida interesante enturbiada en su juventud probablemente por desarreglos de conducta, y ennoblecida como la de tantos otros por la injusticia de que fué víctima sin haber cometido otro delito que el de desear un estado de cosas más humano y una sociedad más culta, pasó por la amargura del presidio y después por la de la ingratitud que no reconoció sus méritos ni pagó sino muy miserablemente sus servicios <sup>1</sup>.

Los escasos informes que se tienen de la escuela de Tarragona presentan a Voitel y sus compañeros entusiasmados en su labor de maestros pestalozzianos, entusiasmo manifestado tanto en la obra práctica—cuyos resultados se pregonaron no sólo por las clases distinguidas de España, sino por los extranjeros que, como ciudad del litoral, visitaban la vieja ciudad romana—como en el

<sup>1</sup> Para conocer al detalle la vida de Francisco Voitel véase en la obra de D. Rufino Blanco titulada *Vida y obras de Pestalozzi* la última y muy interesante parte de la misma, titulada «Pestalozzi en España».

estudio de la obra teórica *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*, libro que Voitel declara que comprendió bien, gracias «a los pocos conocimientos que había adquirido acerca del método».

La culta Sociedad Cantábrica fué la primera colectividad a la que llamó la atención y entusiasmó el método de Pestalozzi invitando a Voitel a hacer un ensayo en Madrid, con la ulterior finalidad de transformar en pestalozziana la escuela que esta prestigiosa Sociedad sostenía en Santander; pero el capitán suizo, que deseaba una actuación con carácter oficial, continuó en Tarragona y designó a Döbely que primero hizo sus ensayos en Madrid y más tarde en Santander.

Voitel, firme, entusiasta y generoso; Schmeller, cultísimo, conocedor de varios idiomas, y Döbely, sacerdote y no menos fervoroso por las doctrinas de Pestalozzi que sus compañeros, fueron, como hemos dicho, los primeros que en nuestra patria conocen y aplican las doctrinas del célebre maestro de Zurich. A estos nombres extranjeros debemos unir, al historiar el movimiento pestalozziano en España, el de nuestros compatriotas D. Juan Anduxar y D. Francisco Amorós.

D. Juan Anduxar, tipo de clérigo español de fines del siglo XVIII y principios del XIX, culto y enérgico, modesto y generoso, deseoso de reformas en orden a la educación y cultura del país, era el guía intelectual y secretario activísimo de la Sociedad Cantábrica. Además de los ensayos de Döbely en Madrid y Santander, que fueron patrocinados por Anduxar en nombre de la Cantábrica, mantenía en cuanto al pestalozzianismo idéntico deseo que Voitel: que los ensayos definitivos fueran patrocinados oficialmente por el rey y su primer ministro D. Manuel Godoy. Y para conseguirlo el talentado y progresista D. Juan Anduxar, vislumbró un camino: conquistar para la causa a uno de los secretarios del Príncipe de la Paz, D. Francisco Amorós, que aun inspirándole escasa simpatía había de ser quien convenciera al valido del rey, al hombre que tantos reproches y dura crítica ha merecido de los historiadores, pero cuya sensibilidad por la cultura del país ya nadie discute.

Menos generoso en su actuación Amorós que el noble y desinteresado Anduxar, buscaba, según los testimonios de la época, ocasión de exhibirse y aprovechaba todos los medios de elevarse ante los ojos de Godoy; pero ello es que su nombre va unido a la hermosa causa de elevar la atrasada cultura popular de nuestro país, como en Francia quedó unido para siempre a la de educar físicamente a la juventud, creando la que se ha llamado *escuela gimnástica francesa*, plantel de gran número de profesores de

educación física, que han sabido, al igual que su primer maestro, ver en esta manifestación de la educación popular no solamente la fuente del bienestar físico, sino un alto medio para contribuir al equilibrio intelectual y a la perfección moral del individuo <sup>1</sup>.

Los trabajos de Anduxar y Amorós dieron por resultado el nombramiento de una comisión que había de informar sobre los ensayos que los secuaces del gran suizo habían hecho en Tarragona y Madrid, y habiendo sido esta información completamente favorable, el pestalozzianismo pasó de la esfera privada a semioficial, a la del Estado y bajo la protección de los más encumbrados personajes de la época.

*El Real Instituto Militar Pestalozziano.*—Con la protección del primer ministro, que puso en esta Institución entusiastas esperanzas, las dilaciones corrientes en la época en fundaciones de esta índole fueron vencidas, y con diecisiete mil reales concedidos por la villa de Madrid, cuyo Corregidor era a la sazón D. José Marquina Galindo, y con los fervorosos auxilios de Anduxar, Amorós, Voitel y otros, el Instituto Pestalozziano, que había sido creado por R. O. de febrero de 1805, se instaló en un piso de la calle Ancha de San Bernardo en agosto de 1806 y era inaugurado en 4 de noviembre del mismo año, día del santo del soberano. Pocos días después era trasladado el Instituto a la casa número 3 de la calle del Pez.

La fiesta de apertura se celebró en la Casa de la Villa, pronunciándose discursos por el presidente de la Junta de la escuela don José María Puij, y por el director del Instituto D. Francisco Voitel. Este último hizo ante el público que asistía al acto prácticas del método con un alumno de la escuela pestalozziana de Tarragona, llamado Agustín Petitpierre, a la sazón de nueve años, que admiró a todos por su dominio en las ciencias matemáticas y en la resolución de problemas, algunos de los cuales fueron puestos en el momento por D. Francisco Amorós y otros asistentes. La fiesta terminó con la lectura por el Canónigo Penitenciario de Córdoba, D. Manuel María de Arjona, con una oda dedicada al Príncipe de

1 Amorós nació en Valencia, en 1770. Fué cadete a los nueve años, subteniente a los veinte; asistió al sitio de Orán; fué ministro de Interior y de Policía durante la dominación francesa; emigró a Francia, y se dedicó todo el resto de su vida a la educación física, en cuya historia ocupa lugar preminente. Los cursos de gimnástica que abrió en París, seguidos por gran número de alumnos, lo dieron a conocer, y, en 1819, fué nombrado director del Gimnasio Militar y, más tarde, del Gimnasio Civil Normal. Murió en París, en 1848.

Hacia cantar a los alumnos mientras practicaban los ejercicios gimnásticos, cantos expresivos de los más altos sentimientos. Expuso su método en una obra, en dos volúmenes, de la *Encyclopédie Roret*, titulada *Nouveau manuel d'éducation physique, gymnastique et morale*. Véase el *Diccionario pedagógico* de Buisson.)

la Paz, por el magno acontecimiento que se celebraba con la creación del Instituto «que baxo sus auspicios podrá ser el principio de una reforma sólida en la enseñanza primaria».

Este D. Manuel María de Arjona, además de hombre de clásica y elevada cultura, fué un propulsor de la educación y un entusiasta de la difusión de la ciencia, una prueba más del entusiasmo por el saber, que fué tan característico en los contemporáneos de Carlos III, y que persistió hasta en la época que estamos estudiando. D. Manuel María de Arjona dejó de su estancia en Córdoba un recuerdo imperecedero, la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, que durante un siglo ha sido el portavoz de la cultura cordobesa y el órgano propulsor del saber en la capital andaluza. Sus entusiasmos culturales explican su intervención en la solemne fiesta de la inauguración de la escuela pestalozziana de Madrid.

El primer reglamento porque había de regirse el Instituto Pestalozziano de Madrid ordenaba la admisión de 30 discípulos, cadetes, hijos de militares o de personas de distinción, y 20 alumnos, observadores, maestros de primeras letras o personas interesadas en los ensayos del método de Pestalozzi. Por estos últimos conceptos la escuela, además de centro de ensayo del sistema educativo del gran suizo, era una especie de seminario o escuela normal rudimentaria.

Según ese reglamento, el ensayo debía durar un año, en cuyo tiempo una comisión nombrada al efecto y compuesta por los ya citados Puij y Anduxar, y por D. Felipe Bouza, D. Juan Antonio Almagro, D. José Costa y D. Miguel Alea, y como secretario don Magín Ferrer, debía informar con todo detalle de los efectos y resultados alcanzados en la aplicación del método de Pestalozzi. Para ello el reglamento disponía que en todo momento hubiese en el centro un individuo de la citada comisión que debía anotar cuidadosamente cuanto en un sentido o en otro fuese digno de tenerse presente. Hasta a los paseos escolares que los discípulos con el maestro y director Voitel habrían de verificar dos o tres veces en semana—las clases eran solamente matinales—debía acompañar un miembro de la comisión *observadora*, cuyo nombre bien merecía dada la actividad expectante que estaba obligada a desplegar <sup>1</sup>.

---

1 Los detalles de este reglamento, como de los demás documentos relacionados con el Instituto Pestalozziano, pueden verse en el libro de D. Lorenzo Luzuriaga titulado *Documentos para la historia escolar de España*, tomo II (publicaciones de la Junta para ampliación de estudios).

Mas las cosas siguieron un curso más rápido que el previsto en ese primer reglamento, ya que el entusiasmo que despertó la inauguración y los ensayos hechos por Voitel con el pequeño Petitpierre en la solemne apertura del Instituto y los que repitió en la casa del propio Godoy, fueron tales que el primer ministro rectifica sus primeras ideas y trata, nada menos, que de «crear un monumento que llene de gloria el reinado de S. M. y que le traiga las justas alabanzas de las generaciones futuras».

Por un segundo reglamento dado por Godoy se aumentaba hasta 100 el número de los discípulos menores y hasta 50 el de los observadores, y habiendo sido preciso agregarle al director personas que le ayudasen, se le autorizó a «elegir cuatro ayudantes entre aquellos sujetos que juzgue idóneos o tenga adiestrados para enseñar el método». Para esta misión fueron nombrados Schmeller, Studer <sup>1</sup>, Burgermeister y el ya citado niño Petitpierre, además de otro maestro que acompañó a Studer en su viaje a España, llamado Wiesand <sup>2</sup>, y que también entró a formar parte del Instituto.

En este segundo reglamento se le daba a D. Francisco Amorós intervención en la dirección económica del Instituto y se ordenaba que la organización interna fuera de tipo militar «usando tambor en lugar de campana e inspirando a los niños las virtudes militares y civiles, que pueden aprender desde los más tiernos años».

Durante los primeros meses del ensayo, el entusiasmo más fervoroso y el optimismo más risueño presidía la eficaz labor de Voitel y sus compañeros, pero las intrigas interiores de Wiesand, poco agradecido a las bondades que con él había desplegado Voitel, y las exteriores de Amorós, que minaba la dirección al fundador técnico del Instituto, dieron por resultado una *Instrucción provisional para el régimen y gobierno del Real Instituto Militar Pestalozziano* de agosto de 1807, que alterando el orden y jerarquía anteriormente establecidos y privando a los maestros de la

---

1 Studer había estado con Pestalozzi, en Yverdon, unos cuantos meses, procurando asimilarse el espíritu del método, con la finalidad de trasladarse a Madrid, para cuyo Instituto estaba propuesto como segundo ayudante. Antes de ir a Madrid, pasó por Tarragona, en cuya escuela parece encontró demasiado olvidado lo más sustantivo del método de Pestalozzi. En cambio, de la de Madrid, en un principio, tanto él como su acompañante Wiesand, hicieron grandes elogios. Es interesantísimo el relato que hace Morf de la acogida que se hizo en Madrid a Studer por Voitel, Anduxar, Schmeller y demás miembros de la familia pestalozziana de Madrid.

2 Harto presuntuoso y con ambiciones de reformador, perdió pronto la simpatía de sus compañeros de Madrid, y salió del Instituto, conservando la amistad con Amorós, con el que se le supone aliado para realizar en el Instituto los proyectos, un poco nebulosos, de nuestro compatriota.

satisfacción interna que los animaba, trajo como consecuencia «el desaliento de los profesores y la discordia y desconfianza en toda la casa».

En esa nueva Instrucción se le daba la dirección del Instituto a D. Francisco Amorós y la subdirección al teniente coronel don Gregorio Castillo, dejándose a Voitel con la categoría de maestro principal y conservando sus puestos a los cuatro ayudantes. Se nombraban además una serie de personas con diferentes cargos—enseñanza religiosa, militar, administración del Instituto, etc.—, nombrándose también profesor al ex alumno D. Gaspar Neff <sup>1</sup>.

El 13 de enero de 1808 acordaba el primer ministro «teniendo en consideración que las actuales circunstancias no permiten continuar los gastos que ocasionaba la existencia del Instituto» dar por terminado el ensayo.

La semilla, sin embargo, estaba ya echada y no ofrece la menor duda que los ensayos de Tarragona y Santander y el más importante de Madrid, además de inquietar a las gentes—especialmente a las cultas—con los problemas primarios y con los de la educación en general, fueron causa de la popularidad que la noble figura del benéfico <sup>2</sup> Pestalozzi ha alcanzado en nuestro país. Fueron asimismo el germen del pestalozzianismo de nuestros mejores educadores y pedagogos de los tres primeros cuartos del siglo pasado, y no es dudosa la influencia que aquel cálido vivero de ideas pedagógicas haya logrado en los discípulos del seminario maestros como Jaramillo, Naharro, Vallejo y Herranz y Quirós.

En cuanto a la sensibilidad que España mostró por las realizaciones pedagógicas del gran suizo, si comparamos la que mostraron en estos primeros tiempos otros países afines, como Francia <sup>3</sup> e Italia <sup>4</sup>, por ejemplo, queda claramente convencido el más descontentadizo de que nuestra patria acogió con entusiasmo las bellas realizaciones y humanitarias aspiraciones del gran maestro helvético, y que si el ensayo quedó como un hecho aislado y aparentemente sin consecuencias, fueron las desgraciadas circunstancias de nuestra guerra de la Independencia y la reacción fernandina las que detuvieron, durante treinta años, el movimiento de 1806 y 1807.

---

1 Era militar, y al año siguiente fué ascendido a teniente coronel.

2 Así le llama Godoy en una de sus disposiciones.

3 Para conocer la influencia de Pestalozzi en Francia véase la obra de Compayré titulada *Pestalozzi y la educación elemental*, traducida por Do Rego.

4 El influjo de Pestalozzi en Italia ha sido estudiado en la obra de Brenna titulada *La dottrina de Pestalozzi e la sua diffusione, particolarmente in Italia*.

Los hombres que en 1839 inauguraban la Normal Central son los legítimos continuadores de los Voitel, de los Anduxar y de los Amorós y el entusiasmo de los pestalozzianos, idéntico al de aquellos discípulos de Montesino que tuvieron la dicha de convertir en realidad una parte de sus fervorosos ideales en pro de la cultura primaria.

## VIDA Y OBRA DE PESTALOZZI UN BOSQUEJO\*

POR LORENZO LUZURIAGA

Inspector de primera enseñanza.

**INFANCIA.**—Como ya lo indica su nombre, la familia de Pestalozzi era de origen italiano, procedente, al parecer, del lago de Como, primero, y de Chiavenna, en la Lombardia, después. De aquí fué, en el siglo xvi, a Zurich un Antonio Pestalozzi, fundador de una extensa estirpe que aun goza allí de gran consideración social.

Los antecesores inmediatos de Pestalozzi pertenecen a una rama más modesta de esta familia. Su abuelo, Andrés Pestalozzi, fué pastor protestante en Hönng, cerca de Zurich. El padre, Juan Bautista, nacido en 1718, vivía en esta ciudad ejerciendo su profesión de médico cirujano, y especialmente de oculista. Casado con Susana Hotz, hija también de un médico, tuvo tres hijos: Bautista, nacido en 1745; Juan Enrique, en 12 de enero de 1746, y una niña, Bárbara, cinco años después.

En 1751, y por tanto a los treinta y tres años, murió el padre de Pestalozzi, dejando a nuestro Juan Enrique, a los cinco años de edad, al cuidado de su madre y al de una fiel sirvienta, Bárbara Schmid, llamada en la familia «Babeli».

La primera influencia educativa de Pestalozzi fué, pues, de carácter puramente maternal y femenino. De su madre sabemos que era una señora entrañable, piadosa, entregada enteramente a su hogar y a sus hijos, que sufrió mucho por las estrecheces económicas que padeció al quedar viuda. Bárbara Schmid ha pasado a la historia como modelo de mujer fiel, abnegada, de gran inteligencia natural.

Este ambiente doméstico fué, sin duda, la causa de ciertos rasgos del carácter de Pestalozzi: sensibilidad extremada, intensa afectividad, gran vida interior, falta de talento práctico, de experiencia de la vida, aunque no por eso dejara de desarrollarse en él el espíritu heroico, tenaz que demostró toda su vida. Más bien a esta estructura genial de su

---

\* En la tarea casi imposible de encerrar la figura gloriosa del maestro en el reducido marco de un artículo, hemos tenido que limitarnos a trazar sólo un bosquejo de sus ochenta años de vida ejemplar.